

prueba de un admirable poder de creación que un drama que fracasó como *Nany*, puesto en escena apenas ocho ó diez veces, quede para siempre fijo en el ánimo y en los ojos de los que lo vieron, porque la Arnould-Plessy interpretase el papel de protagonista de la obra?



ADOLFO DUPUIS

Adolfo Dupuis es hijo de Rosa Dupuis, socia de la Comedia Francesa, retirada de la escena desde 1835, la cual ha muerto hace pocos años. A pesar de su talento, muy real, y de éxitos noblemente conquistados al lado de la señorita Mars, aquella mujer excelente tenía horror á su antiguo oficio; y cuando al salir del colegio de Chaptal, donde había estudiado, con muy mediano aprovechamien-

to, en los mismos bancos que Alejandro Dumas, hijo, Alfonso Dupuis habló de ser actor, su pobre madre se opuso con todas las energías de su cariño. Pero sabido es lo que vale el *jamás* de una mujer que quiere, y aquélla quería apasionadamente á su hijo.

En el Conservatorio no fué mejor discípulo que lo había sido en el colegio; no ciertamente porque le faltase inteligencia—al contrario, tenía demasiada,—pero era de esa que la escuela no admite; inteligencia aguzada, personal, que razona y quiere saber el por qué de que se le mande media vuelta á la derecha cuando se debe ir hacia la izquierda.

En plena clase el discípulo discutía las ideas de su profesor, Samson; se sublevaba contra aquella manera de prepararse, de ensayarse para el concurso con el profesor, en vez de dejar un poco de iniciativa al alumno; Dupuis pedía para el examen que le hicieran recitar un trozo abriendo un libro por cualquier parte, y no que le hicieran decir algo preparado, estudiado y repasado con diez meses de anticipación, y pedía además, como

plan general de estudio, más ancho campo á la naturaleza, con detrimento de la tradición.

Ya comprenderéis de qué modo irritarían al viejo Samson esas teorías subversivas; á pesar de todo, sentía simpatías hacia el hijo de su antigua compañera, hacia aquel joven revoltoso, de carácter tranquilo y de sonrisa bonachona, y lo hizo entrar en la Comedia Francesa como aficionado de quinto ó sexto orden. Dupuis no estuvo allí mucho tiempo. Un día Fechter, que estaba en la casa con el mismo empleo, y que tampoco trabajaba, le dijo al oído, en un rincón del saloncillo de actores:

—¿Por qué no nos marchamos? Aquí se muere uno.

—Vámonos, contestó Dupuis.

Y nuestros dos jóvenes actores se marcharon á Londres, á Berlín, y anduvieron cantando «yo soy Lindoro» por Europa, mal pagados, peor comprendidos, poco aplaudidos; pero trabajando, haciendo papeles, que es el afán de los principiantes.

Dos años después, en 1850, encontra-

mos de nuevo á nuestro actor en el teatro del Gimnasio, en manos de Montigny, el cual fué el primero que comprendió lo que se podía sacar de aquel muchacho, buen mozo, un tanto calmoso, un poco flojo, y lo aligeró, lo despabiló por medio de un trabajo encarnizado, obligándole á hacer creaciones múltiples y diversas; le hizo vestirse de viejo, de obrero, de racionista, de joven noble; puso en relieve todas sus facultades de observación, de delicadeza, de sensibilidad, de bonachonería, y ese admirable acento de naturalidad que nadie posee en tan alto grado como él.

Después de diez años, al día siguiente del grandísimo éxito del *Demi-Monde*, en el cual había tomado parte muy principal, Dupuis se dejó tentar por el ofrecimiento de una contrata para Rusia; allí estuvo mucho tiempo, demasiado tiempo, y cuando volvió entre nosotros, después de diecisiete años de ausencia, le costó bastante trabajo reconquistar al público.

Es la historia en todos los que vuelven del teatro Miguel. Hay que suponer que

el diapasón no es el mismo en San Petersburgo que en París; sin duda allí se debe de hablar más bajo, representar más discretamente, entenderse á medias palabras y no subrayar nada, como quien trabaja en un salón entre gente que se entiende y que no es difícil de contentar. Con esa escuela, los defectos y las buenas cualidades se difuminan, se atenuan. Reconocemos en ellas á nuestros actores, pero los vemos como si el escenario no estuviera bien iluminado, ó como si los viéramos á través de un velo.

La noche del *Nabab*, por ejemplo, los antiguos parisienses volvieron á encontrar á su Dupuis con todas sus facultades de otro tiempo, y hasta con algunas más, cierta amplitud en la acción, cierto calor de marsellés en la sangre, de todo lo cual no les parecía capaz aquel pobre bonachón y tranquilo.

Al día siguiente de aquella función, sólo de su voluntad dependió el entrar en la Comedia Francesa por la puerta de honor abierta de par en par, y no por la puertecilla de sus comienzos; pero el antiguo discípulo de Samson sigue con

sus gustos de independenciam y su carácter de cuando era un muchacho; y como la dirección del teatro de la calle de Richelieu no creyó que debía plegarse á sus exigencias, el teatro del Vaudeville ha tenido la suerte de conservar á su primer actor.



LAFONTAINE

Enrique Thomas, llamado Lafontaine, nació en Burdeos en los primeros días de la hégira romántica. En el Mediodía de Francia, Burdeos tiene un sitio aparte. Anclado á la orilla del Atlántico, su baprés mira hacia las Indias; es el Mediodía criollo, el Mediodía de las islas, exasperado, que á la riqueza de imaginación, á la vivacidad de palabra y de impresión de los pueblos del otro lado del Loira, une un afán inmoderado de aventuras, de expediciones, de escapadas. Ese Bur-

deos representa un gran papel en la existencia y en el género de nuestro actor. «¡Lo haremos cura!» decía su madre, una verdadera mamá de aquella tierra, católica hasta el delirio; pero apenas le metieron en el Seminario, el bordelés saltó las tapias del jardín, trocó la sotana por una blusa de obrero, y á campo traviesa emprendió el viaje por esos mundos, haciendo zig-zás y siguiendo su capricho, hasta que un gendarme con sombrero de tres picos y correa amarilla le pidió sus papeles. Vuelto á su casa, de pareja en pareja de gendarmes, quisieron que entrase nuevamente en el Seminario. «Lo que es eso, jamás.»— «Pues, entonces, bribón, ¡embárcate para Ultramar!» y ahí tenéis lo que son los padres en aquella tierra. Se enfadaron, y dijeron: «¿No quieres ser cura?... pues te meteremos á grumete.»

Tres meses de galletas y carne salada, entre mojaduras y el viento del mar, curaron al joven fugitivo de sus aficiones á viajar, aunque no despertaron en él aficiones para la carrera de la Iglesia. A su regreso de la isla de Borbón trató de po-

nerse á veinte oficios: fué ebanista, cerrajero, revendedor de una infinidad de cosas; durmió en la calle; se alimentó con carne podrida, y anduvo por esos mundos sin más ley que sus caprichos juveniles y su instinto bordelés, sin objetivo, pero con los ojos muy abiertos y ya con una buena memoria de artista. Hélo en París, corredor de libros, correteando las calles, subiendo á los pisos de las casas, comerciante en literatura y ciencias, con la cabeza llena de títulos y prospectos, haciendo la propaganda de libros que no había tenido tiempo de leer, pero que, así y todo, le dejaban algún fósforo en la punta de los dedos; tenaz, insinuante, elocuente, irresistible; un corredor como no había tenido jamás la casa editorial de Lachâtre. Luego, una noche entra en el teatro de la Porte Saint-Martin, ve trabajar á Frederick y siente ese latido del corazón que no conocen más que los enamorados y los artistas. Deja los libros y las revistas y va á llamar á la puerta de Sevestre, el viejo Sevestre, gobernador general de los teatros de las afueras. «¿Qué sabes hacer?... ¿Has tra-

bajado ya?—No, señor; pero déme usted papeles, y ya verá usted.» En aquella hermosa presunción bordelesa, en la vivacidad de aquellos ojos, en aquel gesticular expresivo, en aquella voz fuerte y metálica, Sevestre adivinó en seguida un temperamento para el teatro. Ese temperamento es común en la gente del Mediodía; es el carácter abierto, gesticulante, que todo lo echa fuera, lo expresa todo, piensa en alta voz y va siempre más allá con la palabra que con el pensamiento. El hombre de Tarascon y el hombre de la Porte Saint-Martin se parecen.

En aquel teatrillo de la calle de la Alegría, donde más tarde *debutó* Mounet-Sully, hizo Lafontaine su aprendizaje; trabajó en Sceaux, en Grenelle; rodó en el ómnibus de los teatros de las afueras con un folleto en la mano y declamando las obras de Bouchardy por los caminos. Triunfó. El ruido de sus éxitos pasó los puentes de la ciudad, llegó hasta el boulevard, y algún tiempo después Enrique Lafontaine entraba en el teatro de la Porte Saint-Martin para trabajar en

*Kean*, al lado de Frederick, quien le tomó cariño desde el primer momento y lo hizo estudiar. «Ven conmigo, muchacho,» decía el maestro al salir del teatro. Y llevaba á su casa del boulevard del Temple al discípulo extenuado por cinco horas de trabajo en las tablas, con los ojos cargados de sueño y las mejillas quemadas por el gas y por el colorette; pero no se trataba de dormir. La cena estaba dispuesta, y todas las luces del salón encendidas. Se bebía, se comía de prisa y corriendo; luego el maestro daba un asunto escénico, hacia que se pusiera en una situación dramática, y arrellanándose en su butaca, con una botella de vino al alcance de la mano, decía: «¡Vamos; á trabajar!»

El bueno de Lafontaine me ha relatado muchas veces la historia de uno de sus escenarios improvisados. «Mira, decía Frederick, arrellanándose en la butaca; supongamos que eres un empleadillo, casado desde hace tres años... Hoy son los días de tu mujer, á quien adoras... En ausencia suya le has preparado un ramo de flores, una sorpresa, una cena

como ésta...; y de repente, al ir á poner la mesa, encuentras una carta que te prueba que te engañaba indignamente... Procura hacerme llorar con esto... Anda.»

Lafontaine empezaba á trabajar, ponía la mesa á conciencia, sin trampa—porque Frederick no andaba con bromas en materia de accesorios—coloca el ramo de flores en el centro de la mesa sonriendo, con los ojos arrasados en lágrimas; luego, temblando de impaciencia y de alegría, abre el cajón donde estaba guardada la sorpresa, encuentra una carta, la lee maquinalmente y da un grito terrible, en el cual procura poner toda la desesperación de su muerta felicidad. Aquí para *inter nos*, estaba yo bastante satisfecho con mi grito, me decía el bueno de Lafontaine, regocijándose al recuerdo de su desgraciada aventura; me parecía bien dicho, conmovedor, sincero; casi me había hecho llorar yo mismo al lanzarlo. Pues bien. En lugar de las felicitaciones que esperaba, me encuentro con un formidable puntapié en la rabadilla. No me emocioné mucho, porque estaba acostumbrado á tales modales de

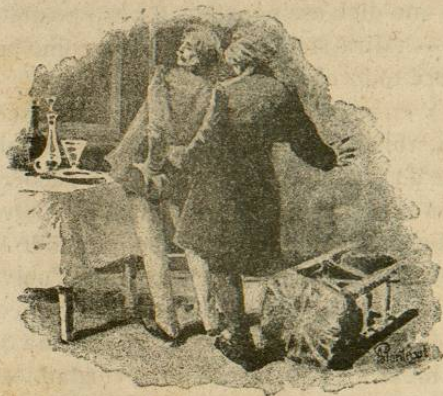
mi maestro; pero lo que sí me emocionó fué su crítica...—¡Cómo, animal, amas á tu mujer más que á nadie y á nada del mundo, crees en ella ciegamente, ciegamente, y en cuanto lees la carta lo ves todo, lo comprendes todo, crees todo lo que dice ese papell... ¿Es eso posible?

—...Mira, siéntate ahí y mira cómo beberé todo el veneno.

Y en seguida se pone á hacer la escena, abre el cajón... «¡Toma! ¿Una carta?» Le da vueltas y más vueltas, la recorre con la vista sin comprenderla, la vuelve á echar en el cajón y sigue poniendo la mesa. «¡Es raro eso de la carta!» Vuelve á cogerla, la lee más despacio, y encogiéndose de hombros, la tira encima de la mesa... «Vamos, eso no es verdad, eso es imposible... Ella me lo explicará todo cuando venga...»

¡Pero cómo temblaban sus manos al acabar de poner la mesa! Y siempre la mirada fija en la carta... Al fin no pudo contenerse; tenía que leerla bien. Esta vez comprendió; un gemido se le sube á la garganta, y lo ahoga; se deja caer sobre una silla, sollozando. Parece que era un

espectáculo ver las facciones del gran actor descomponerse un poco más cada vez que volvía á leer la carta. Podía ir viéndose los efectos del veneno á medida que sus ojos lo sorbían... Luego, al



verse dominado por su propia emoción, Frederick no se detenía, sino que seguía representando. Un sobresalto de todo su cuerpo, una mirada terrible á la puerta. Su mujer acababa de entrar. Dejaba que se acercase sin moverse él, y de pronto se erguía, aterrador, con la carta en la mano: «¡Leel!» Luego, antes de que ella

respondiese, adivinando, por el espanto que veía en la cara de su mujer, que todo aquello era verdad, que la carta no mentía, daba dos ó tres vueltas en redondo como una fiera, buscaba un grito, no lo



encontraba, y enamorado á pesar de todo, á pesar de su rabia para satisfacer en algo que no fuera su mujer la furiosa necesidad de asesinar que sentían sus manos, cogía la mesa, y de un puñetazo la hacía rodar hasta el otro extremo del



salón, con la lámpara, la vajilla y todo lo que tenía encima...

Aquel puntapié fué para Lafontaine su consagración como actor; una especie de confirmación como artista. Esto no obstante, si no hubiese tenido más lecciones que las de Frederick, el artista bordelés no habría jamás podido dominar sus fogosas aficiones de vagabundo. Su naturaleza de meridional le favorecía, pero le perjudicaba también. Servíale para improvisar brillantemente, pero también le daba los arrebatos, la falta de medida, todos los contrastes de la luz y de la sombra.

A pesar de hallarse tan bien dotado, podría haber fracasado y no ser más que un sublime desheredado, como aquel pobre Rouvière, á quien volvía loco su doble temperamento de actor y de meridional. Afortunadamente, Lafontaine entró en el teatro del Gimnasio, y allí tuvo un maestro incomparable.

Los que han visto al viejo Montigny en su sillón al pie del escenario, malhumorado, con las cejas contraidas, haciendo volver á empezar diez veces,

veinte, la misma escena; sometiendo á los más duros, á los más rebeldes, siempre descontento, siempre furioso, esos pueden vanagloriarse de haber conocido á un verdadero director de escena. Con su dirección el talento del artista se disciplinaba.

A su verbo exuberante, Montigny opuso el dique del *Hijo de familia*, ese mismo *Hijo de familia* que Lafontaine ha puesto otra vez en escena hace poco tiempo, y abrochó y contuvo su gesticular meridional en la levita de paño finísimo del marido de *Diana de Lys*. El bordelés se encabritaba, mordía el bocado; pero salió domado de allí, hecho un completo artista, y ahora, siempre que habla de su viejo maestro, se le humedecen los ojos.